

Tabitha Lasley

El estado del mar

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2023
Título original: *Sea State*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Tabitha Lasley, 2020
All rights reserved

© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © David Sánchez

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º I.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-38-0
Depósito legal: B. 2011-2023
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para mamá, con amor y gratitud

Cualquier periodista que no sea demasiado idiota o no esté tan pagado de sí mismo que ni se entera de lo que está pasando, sabe que lo que hace es moralmente indefendible.

JANET MALCOLM, *El periodista y el asesino*

No más suspiros, señoras, no más suspiros.
Los hombres siempre han sido mentirosos:
Tienen un pie en el mar y el otro en tierra.
No pueden conformarse con una sola cosa.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Mucho ruido y pocas nueces*

Este libro está basado en una serie de entrevistas realizadas a lo largo de seis meses. Se han cambiado los nombres, los centros de trabajo y otros rasgos distintivos con el fin de proteger la intimidad de los entrevistados. Algunas entrevistas son fragmentos de varias conversaciones independientes, condensadas para favorecer la claridad narrativa y preservar el anonimato de los individuos a quienes se presenta. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Índice

1. Bloque T	17
2. Fum Asaca	55
3. Tiffany	87
4. T-211	113
5. Tern	141
6. Campo Brent	169
7. Piper Bravo	197
8. Ninian Central	217
9. Clyde	245

Una vez vino una chica a trabajar a nuestra plataforma. Tenía solo diecinueve años. Una noche fue a jugar al billar en la sala recreativa. Llevaba unos pantalones muy sexis. Corrió la voz y la sala empezó a llenarse. Cada vez llegaba más gente. Al cabo de un rato parecía que todos los tíos de la plataforma estaban ahí, viéndola jugar al billar. No le llamaron la atención, porque no había hecho nada malo. A su supervisor sí se lo reprocharon: «Tendrías que habérselo dicho. Tendrías que haberle advertido que aquí no puede hacer eso. Ese era tu trabajo: decírselo. Y no se lo dijiste». La chica no volvió por allí. Ese fue su primer turno en el mar. Y el último.

1. Bloque T

— ¿De dónde eres?

Le observé la boca mientras le hacía la pregunta. Nunca había oído un acento como el suyo. Se parecía un poco al mío (de Liverpool, con una «k» corrosiva y algunas vocales igual de abiertas), solo que con una cadencia del nordeste que transformaba *módulo* en *modelo* y *seguro* en *seguuro*.

Tenía unos labios finos que aun así daban la impresión de ser carnosos. Parecían suaves y maleables. La boca dibujaba unos corchetes, con dos marcas profundas que iban de la nariz a la barbilla y se borraban cuando sonreía. Tuve que aguantarme las ganas de meter un dedo en una de las marcas, tirar hacia arriba y verla desaparecer. Cuando entreabrió los labios para responder vi que tenía los dientes separados.

—De Stockton —dijo.

En la carretera donde vive mi madre hay un punto negro en el que a veces muere gente. Lo llaman «las curvas». Es una zona casi rural. Viviendas modernas separadas

por franjas de césped. Señales de auténtico campo. Apartaderos, pistas forestales y entradas ocultas. Las carreteras son amplias y tienen un suave peralte que invita a acelerar. Una noche, cuando volvíamos de Kinetic por las revueltas, tuvimos un accidente. Era noviembre y llovía. El coche de mi novio era un tres puertas pequeño y barato, con las ruedas estrechas, y al tomar una curva demasiado deprisa, los neumáticos perdieron el contacto con la carretera. El coche patinó en el asfalto como una cuchilla sobre el hielo, dio una vuelta de campana, atravesó una verja de metal y saltó una valla y un seto reforzado con alambre de espino. Vi cómo el seto se nos acercaba a toda velocidad, a la luz de los faros, y pensé que esa vez me moría.

Ya habíamos tenido otros dos accidentes, y en esos segundos vertiginosos y elásticos, tuve la clara sensación de que mi suerte se había acabado. Los que iban en el asiento trasero me dijeron después que creyeron que me había muerto. Vieron que mi cabeza, con su gorro azul de Fila, chocaba tres veces contra el techo y se doblaba luego hacia el esternón, y que la nuca hacía un movimiento siniestro. Pero cuando el coche se paró en una zanja y mi novio ordenó a voces a sus amigos que salieran, que salieran de allí cagando leches, porque el motor empezaba a echar humo por debajo del capó, me incorporé y me mordí la lengua. Notaba como tierra entre las muelas. Cristal molido en un polvo muy fino. Intenté abrir la puerta, pero la alambrada se había enrollado alrededor del coche como un cordel alrededor de un huso. Empecé a tirar de la manija, sintiendo una oleada de pánico en el pecho, y vi que estaba sola.

Cuando por fin conseguí salir por el asiento del conductor, mi novio casi había vuelto a la carretera. El coche más que un coche parecía una calabaza. Tenía el techo aplastado y el chasis partido por la mitad. No quedaba cristal en las ventanillas ni en el parabrisas. El impacto había dejado la chapa totalmente arrugada. Me quedé mirándolo, tan asustada que no podía ni llorar. ¿Cómo era posible que los cinco hubiéramos salido ilesos? Intervención divina. No cabía otra explicación.

Pero no salimos ilesos. La sustancia del accidente se me quedó pegada. Hasta mucho tiempo después, cada vez que cerraba los ojos lo veía: el viraje de los faros y el tramo de seto deslumbrante que se acercaba demasiado deprisa. La imagen seguía acechando por debajo de la línea de flotación, y a veces, cuando iba conduciendo, la veía desplegarse delante de mí. Perdía el control del coche y derrapaba. El inútil chirrido de los frenos. Espirales de grava, hierba, pájaros, cielo, tierra. Negrura. Todo terminaba con un crujido. Huesos en el asfalto y la lenta formación de un charco de sangre.

Los accidentes son el resultado de una combinación fortuita de diversos factores. De una desafortunada confluencia de variables. Mal tiempo. Carretera con curvas. Conductor joven. Coche viejo. La música no ayudó: a todo volumen y con un ritmo que incitaba a pisar el acelerador. Era una canción antigua (antigua incluso entonces, y ya han pasado veinte años) pero los pareados tenían la cadencia de una cancioncilla o una oración infantil.

De noche, cuando me acuesto,
pienso en ti con todas mis fuerzas.
Te quiero. Idiota.
¿Te acuerdas? ¿Te suena?*

En ciertos aspectos este fue el novio del que más aprendí. Era dos años mayor que yo, a una edad en la que esa diferencia se nota mucho. Me enseñó algunas cosas. Su evangelio hablaba de un mundo franco y austero del que yo sabía muy poco, pero sus enseñanzas se han quedado conmigo para siempre. Algunas se las he transmitido a otras personas. Me enseñó a atar las deportivas sin que se viera la lazada. A ceñir el anorak en la cintura para que siguiera pareciendo de chica. Me enseñó —sigo sin saber cómo lo sabía— a unir las plantas de los pies cuando iba a correrme, para intensificar el placer. Me habló del *hardcore* antes de que se convirtiera en *happy hardcore*, cuando tenía ese ritmo sincopado y ese aire de fatalidad inminente.

Intentó enseñarme, con escaso éxito, a pelear, a dar un puñetazo. Me contó que todos los chicos tienen que resignarse a que les den una paliza por lo menos una vez en la vida. Él había dado unas cuantas, pero también había recibido una, cuando unos desconocidos lo levantaron y lo llevaron a hombros por la estación de tren, como lleva el equipo de fútbol victorioso a su capitán alrededor del campo. Luego lo tiraron en el andén, le pisotearon las costillas y le dieron patadas en la cabeza.

* *When I go to bed at night, I think of you with all my might. / I love you. Fool. / Remember? Relate.*

Fue un ataque sin ninguna provocación previa, un estallido de ira tribal que él encajó sin avergonzarse, sin buscar razones ni esperar recompensas. Conocía las razones. Le tocaba pagar su factura cósmica. El impuesto de la masculinidad.

Te quiero. Idiota.

Acabó convirtiéndose en uno de esos pocos hombres que disfrutaban de verdad con el enfrentamiento físico. Aprovechar la oportunidad de pelearse era para él como encontrarse un billete de diez en una alcantarilla. Un pequeño golpe de suerte que cambiaría para bien el curso de las cosas y le alegraría el día.

Una mañana, alrededor de un mes después del accidente, mandé a mi chico a comprar papel de liar y un zumo. Volvió veinte minutos después, eufórico y colorado, como si hubiera echado una carrera. Traía el chándal de Ellesse blanco empapado de sangre. «Pero ¿qué te ha pasado?», le pregunté, como si no lo supiera. La sangre no era suya, era de otro. Siempre tenía varios frentes abiertos, y había visto a un tío con el que tenía historias, cerca del trineo navideño del Rotary Club. Sacó una botella de un cubo de la basura, se acercó al tío por detrás y le dio un botellazo. «Ha sido genial —dijo—. Todo el mundo estaba mirando. ¡Santa Claus sentado en primera fila!» Terminó en la cárcel de Altcourse, donde floreció como un laurel trasplantado a su suelo original.

¿Te acuerdas? ¿Te suena?

¿Mi condena? Mi condena fue más larga. Yo me acordaba todos los días. Creía que había sido mi oración silenciosa (la súplica muda de protección formulada desde una zona basal del cerebro) la que nos salvó la vida.